

POLITICAS DE DESARROLLO ECONOMICO Y POBLACION

José Luis Alemán

"El problema del crecimiento de la población... es de tal naturaleza que las personas parecen incapacitadas para analizarlo sin apasionarse. Esto se debe a estar empeñadas en propagar teorías preconcebidas más que en dedicarse a la investigación científica; consiguientemente miran a quienes las contradicen con la misma animosidad conque los creyentes tratan a los ateos" (V. Pareto, 'Manual de Economía Política', C. VII, 81).

* Desde los comienzos mismos de la teoría económica la pregunta sobre los determinantes del tamaño de la población de un país y sobre su incidencia en el bienestar económico ha ocupado un lugar de cierta importancia en los tratados económicos (63: 251 y ss.). A lo largo de la historia de las teorías económicas encontramos discusiones apasionadas sobre las ventajas y desventajas macroeconómicas de una población creciente. En general los mercantilistas, los fisiócratas y los cameralistas fueron decididos "poblacionistas" (63: 252).

No fue hasta la publicación del primer Ensayo de Malthus sobre la población (1798), cuando comenzó a ponerse en tela de juicio la sabiduría popular económica sobre los efectos beneficiosos de una población creciente.

Pero en realidad sólo en nuestros días podemos afirmar que el problema demográfico se ha convertido en uno de los problemas cruciales de la economía, muy particularmente de la economía del desarrollo. La popularidad del tema se explica por la insistencia con que importantes agencias de desarrollo abogan por la necesidad de un control de la población como condición o estímulo para el despegue económico. Esta posición es abiertamente defendida por el Banco Mundial (32; 49: 58 y ss., 194 y ss.), por la A.I.D. (21: 83 y ss.) y de manera mucho más matizada por las Naciones Unidas (69; 60).

La urgencia con que estas políticas son vendidas puede estar justificada objetivamente. Pero hay que reconocer que los determinantes de la mayor parte de las variables estrictamente demográficas — nupcialidad, fecundidad, mortalidad fetal voluntaria —, con la sola excepción de la mortalidad no voluntaria, no han sido

aún explicados satisfactoriamente. Pradervand, un conocedor bien calificado de las investigaciones sobre población y desarrollo, acaba de escribir con toda claridad:

Vista la infinita complejidad del proceso causal que lleva a variar la fecundidad de una sociedad dada, está actualmente excluido prever el impacto de cualquier medida tomada sobre la natalidad... En el momento presente las políticas de población siguen siendo mucho más dominio de una especulación ilustrada que de la ciencia (53: 129 y ss.)

El hecho de que las ciencias sociales no disponga aún de una teoría satisfactoria sobre los determinantes económicos de una población ni siquiera sobre los efectos económicos de una población creciente en un país subdesarrollado, hace imposible invalidar a priori tipo alguno de política poblacional, inclusive su ausencia, que bien puede ser efecto de una decisión política (45: 85). Ni los pueblos, ni las personas pueden siempre esperar a tener una teoría explicativa de sus acciones antes de tomar decisiones. Sobre todo en el campo de las ciencias sociales, donde la posibilidad de experimentación es bien reducida, la explicación tiene que seguir a la vida más bien que la vida a la teoría.

Lo que sí resulta poco honesto de parte de los defensores de determinadas políticas de población es el presentarlas como resultados ineludibles de exigencias científicas. Ohlin (44) ha formulado clásicamente la situación real.

El caso simple e incontestable contra el crecimiento rápido de población en países pobres es que abarque sumas muy grandes que de otra manera 'podrían' ser empleadas para un mayor consumo y sobre todo para el desarrollo... Es necesario recalcar que esto es solamente una 'posibilidad' y de ningún modo una consecuencia necesaria del crecimiento lento de la población en general... Sin embargo, debe recordarse que ninguna proposición podría tener un 'apoyo más débil en la experiencia histórica'... En general, el crecimiento de la población en el pasado puede haber sido en gran extensión una respuesta al adelanto económico, en un sentido amplio (44: 81 y ss.).

El trabajo aquí presentado no puede pretender, por lo tanto, ni suministrar una base económica cierta a políticas de población determinadas ni demostrar categóricamente la imposibilidad de otras. El objetivo de este trabajo es más bien 'crítico': evaluar los aportes teóricos y empíricos de la economía a la relación entre desarrollo y población y a su luz, ciertamente no deslumbrante, juzgar la coherencia lógica de las principales modalidades de política poblacional frente al desarrollo económico.

APORTES TEORICOS Y EMPIRICOS DE LA ECONOMIA AL PROBLEMA DE LA RELACION ENTRE CRECIMIENTO DE LA POBLACION Y DESARROLLO ECONOMICO.

Dividiremos esta primera parte en cinco apartados: 1) Población y crecimiento económico en algunos autores clásicos; 2) Intentos de correlación entre crecimiento de población y desarrollo económico; 3) Consideraciones macroeconómicas; 4) Las motivaciones económicas en el deseo de limitar el número de hijos; 5) Efectos y mecanismos de transmisión del desarrollo económico sobre estructuras sociales ligadas a la demanda de hijos.

1. AUTORES CLASICOS

Pasaremos rápida revista a las teorías de Quesnay, Malthus, Pareto, Marshall y Pigou. La elección de algunos de estos autores es hasta cierto punto arbitraria pero.

dado su influjo sobre las opiniones de los economistas, puede ser considerada como pragmáticamente útil, aunque no absolutamente representativa.

QUESNAY

Para Quesnay la riqueza de una nación depende de dos factores fundamentales: la capacidad de su "clase productora" — los campesinos— de obtener cosechas por encima de las necesidades de subsistencia y la capacidad de las otras "clases estériles" y especialmente del Estado de apropiarse de una parte apreciable de ese excedente, con el cual puedan fomentar obras públicas que faciliten el comercio y el poderío militar y manufacturas que absorban mano de obra urbana y produzcan nuevos bienes y servicios (Ver la nota "a" al n. 24 del 'Extrait des économies royales' de M. de Sully).

La población sólo es una "riqueza nacional" cuando puede disponer de los recursos necesarios para que la "clase productora" genere un excedente apreciable. Si la población de un país es demasiado grande tiene que limitarse su "clase productora" a simples cultivos de subsistencia que no permitan la apropiación de excedentes apreciables por parte del Estado, de los comerciantes y de los manufactureros. La población debería, por lo tanto, mantenerse en una proporción aceptable con los medios que generan la riqueza: la tierra ante todo:

¿Puede suponerse que las grandes riquezas de una nación se obtienen por la abundancia de su población? No. Los hombres sólo pueden lograr y perpetuar riqueza 'por medio de la riqueza' y en cuanto exista una 'proporción conveniente' entre los hombres y la riqueza (Ibid).

En términos modernos: para Quesnay el crecimiento económico depende de la relación capital/trabajo agrícola y de la capacidad de las instituciones sociales y públicas para lograr una alta tasa de inversión, sobre todo en obras de infraestructura, con el excedente del ingreso agrícola.

MALTHUS

Cincuenta años después de la publicación del 'Tableau économique' de Quesnay y en obvia dependencia del énfasis dado a la agricultura por su escuela fisiocrática, publicó Malthus una obra célebre en la historia de las ideas económicas: 'An Essay on the Principle of Population as It Affects the Future Improvement of Society with Remarks on the Speculations of Mr. Godwin, Mr. Condorcet, and other Writers' (1798).

En realidad su teoría económica del desarrollo en función de la población puede reducirse a la negación de todo posible crecimiento del producto per capita. Para Malthus la "pasión entre los sexos" está necesariamente ligada, en presencia de un cierto bienestar económico por encima del nivel de subsistencia, con el matrimonio fecundo. Pero el aumento de población, resultante de ese matrimonio fecundo, conlleva necesariamente un aumento de la demanda de bienes de alimentación que, por limitaciones de tecnología agrícola y de suelos cultivables, no puede ser satisfecha con un aumento proporcional de la oferta. Al bajar así el bienestar, la "pasión entre los sexos" se desvía hacia formas viciosas de uniones esporádicas que no producen hijos y, en última instancia, el hambre acaba por ajustar la población excedente a las posibilidades de la oferta de bienes alimenticios. (33: c. 1).

Usando la misma síntesis propuesta por Malthus (33: c. 7) resumiríamos así las consecuencias de su Ensayo:

Todo indagador concienzudo de la historia de la humanidad reconocerá que en todas las épocas y en todos los Estados en los que el hombre ha

existido o actualmente existe: —el crecimiento de la población está necesariamente limitado por los medios de subsistencia, la población crece invariablemente cuando aumentan los medios de subsistencia, y la superior fuerza de crecimiento de población es contenida por la miseria y el vicio para que la población efectiva se mantenga al nivel de los medios de subsistencia..

Como se ve, el modelo de "crecimiento económico" de Malthus considera las variaciones de población y las de crecimiento del producto per capita como variables endógenas con tasas de crecimiento disímiles que se limitan mutuamente dando por resultado un producto per capita que con variaciones cíclicas se mueve simétricamente alrededor de un nivel de subsistencia.

Este resultado se fundamenta últimamente en la presunción de que la tasa de crecimiento de la oferta agrícola crece, por razones técnicas, a un ritmo inferior al de la población en situación de bienestar.

VILFREDO PARETO

Un siglo después del Ensayo de Malthus publicó Pareto los dos tomos de su 'Cours d'économie politique' (1896, 1897). Su inclusión en este pequeño survey de economistas famosos se debe no sólo al amplio estudio que en el primer capítulo del libro primero dedica a la población, sino también al cambio de perspectiva de su orientación económica. A diferencia del "homoeconomicus" de los clásicos ingleses, que tan bien se prestaría más tarde a la deducción matemática, Pareto parte del hombre real:

Consideramos a los hombres tales cuales son, con sus cualidades, con sus defectos y hasta con sus prejuicios. Si los hombres fuesen diferentes de lo que son, su economía política sería también diferente (48: 1. 1, c. 1, 184).

Partir del hombre real supone metodológicamente el estudio minucioso de su comportamiento histórico. Este anhelo de la escuela histórica alemana encontró en Pareto un exponente ejemplar. Toda su exposición sobre la pregunta de si el estado de la población "depende o no depende de condiciones económicas" (48: 1.1, c. 1, 171), se basa en cuidadosos estudios estadísticos.

Las conclusiones a las que llegó Pareto son las siguientes: a) las variaciones de la tasa de nupcialidad están en correlación positiva con las del ciclo económico (48: 1. 1, c. 1, 180 y 232); b) motivaciones económicas concientes explican la baja tasa de natalidad de algunos grupos sociales como los pequeños propietarios de tierras y la alta clase económica (48: 1.1, c. 1, 184); c) razones en última instancia económica influyen decisivamente en la disminución de la tasa de mortalidad (48: 1.1, c. 1; 241).

Años más tarde en su 'Manual de política económica' (1906), Pareto formulaba así las etapas principales de la evolución demográfica a lo largo del tiempo y las interrelaciones causales de las diversas variables:

El aumento de la riqueza ha promovido el crecimiento de la población; muy probablemente ha contribuido a limitar las tasas de nupcialidad; ciertamente ha tenido el efecto de reducir la mortalidad haciendo posible importantes y costosas inversiones en salud pública. Muy probablemente al acostumbrar a las personas a una vida más fácil, tiende a hacer decrecer la tasa de crecimiento de la población (47: c. 8, 39).

El resultado inmediato de una mejoría en las condiciones económicas es

un aumento en el número de matrimonios y consiguientemente de hijos, pero... un aumento 'continuo' de la riqueza está ligado a una disminución en el número de nacimientos y este segundo efecto supera con mucho al primero (47: c. 8, 59).

La comparación de los resultados del estudio de Pareto con los del de Malthus es un buen índice del avance hecho durante el siglo XIX en este campo de la economía.

MARSHALL Y PIGOU

El influjo decisivo de la escuela de Cambridge en el pensamiento económico moderno justifica una breve evaluación del tratamiento dado por sus dos grandes impulsores, Marshall y Pigou, a la relación entre crecimiento económico y crecimiento demográfico.

Este tratamiento está influenciado por una visión menos apremiante del problema poblacional: Inglaterra al entrar el siglo XX había experimentado una evidente declinación de la tasa de crecimiento de la población y una sustancial mejora en el nivel de vida. Consiguientemente Marshall y Pigou toman una posición mucho más optimista sobre la población como factor de desarrollo económico.

En sus 'Principios of Economics', Marshall analiza los determinantes económicos de la fertilidad y el efecto de un crecimiento de la población sobre la economía nacional.

Marshall cree que la tasa de natalidad es una función directa de la tasa de nupcialidad y que ésta a su vez depende de dos motivaciones 'económicas' (edad en que el padre alcanza al "máximo" ingreso previsible, ayuda económica esperable de los hijos) y de factores 'institucionales' tales como el sistema legal de herencia y de administración de bienes matrimoniales (36: 1. 4, c. 4, 4,5). Como las clases media y alta tardan más que los campesinos y los obreros en llegar a un nivel "congruo" de ingresos y poseen además fortunas apreciables que están amenazadas de fragmentación por herencia, tienen menos hijos que éstos. Para él hay un diferencial socioeconómico en las tasas de natalidad de las diversas clases sociales.

El otro campo de su análisis —el efecto sobre la economía de una población creciente— se basa en la comparación de las economías de escala, hechas posibles por una gran población, con posibles rendimientos marginales decrecientes en la agricultura al aumentar la población y ponerse a cultivar más tierras de inferior calidad. Marshall juzga probable que las economías de escala superen proporcionalmente los rendimientos marginales decrecientes posibles en la agricultura, sobre todo si el comercio internacional permite la importación de materias primas agrícolas. Por eso, bajo ciertas condiciones (oferta suficiente de materias primas, control de la contaminación ambiental en las ciudades) "por el momento" un aumento de la población irá acompañado probablemente por un aumento más que proporcional en el ingreso real de una nación (36: 1.4, c. 13, 3).

Pigou opina que un aumento del ingreso provocará por medio de una mejor 'educación escolar' un cambio de gustos que hará disminuir la tasa de natalidad (51: 100 y ss.). Para él no es probable la tesis de "que el efecto beneficioso sobre el bienestar económico de un aumento del ingreso real de los trabajadores sea neutralizado por un aumento de la población (51, 104).

RESUMEN

El breve análisis a que hemos sometido a los clásicos elegidos nos permite

resaltar algunos puntos importantes para la comprensión de la relación existente entre aumento de población y desarrollo económico:

a) el aumento de población puede originar en el 'sector agrícola' rendimientos marginales decrecientes (Marshall), especialización en productos de subsistencia (Quesnay) y, consiguientemente, oferta insuficiente de productos alimenticios (Malthus);

b) el 'número de hijos' de una pareja depende parcialmente de consideraciones económicas (Paredo, Marshall, Pigou; desde otro punto de vista también Malthus);

c) existen 'diferenciales económicos' entre las clases sociales respecto a la natalidad: las clases más ricas tienen menos hijos que las más pobres (Pareto, Marshall, Malthus). La concentración del ingreso es un fenómeno fundamental para estudiar el problema de población (Pareto);

d) a 'corto plazo', un aumento del bienestar económico puede provocar un aumento de la tasa de natalidad, pero a 'largo plazo' el aumento de bienestar provocará una disminución en la tasa de crecimiento de la población (Pareto, Marshall). Este fenómeno a largo plazo se debe o al deseo de consumir más bienes (la "vida más fácil" de Pareto), o a factores institucionales ligados con la propiedad y la seguridad social (Marshall), o a la educación como factor de cambio de la estructura de las preferencias (Pigou);

e) bajo ciertas condiciones, previsiblemente dadas, un aumento de la población origina 'economías de escala' favorables al desarrollo económico (Marshall).

2. INTENTOS DE CORRELACION ENTRE CRECIMIENTO DE POBLACION Y DESARROLLO ECONOMICO.

En la década de los mil novecientos sesenta los economistas dedicaron un esfuerzo considerable al estudio estadístico de series históricas referentes al desarrollo económico —o a algunas de las variables que están comprendidas en un concepto tan amplio— y al crecimiento de la población.

Esta intensa actividad ha dado resultados interesantes pero, en el fondo, no ha logrado resultados definitivos, excepto el muy valioso de llamar la atención sobre la complejidad suma de esta relación y prevenirnos contra fáciles simplificaciones.

La limitación de los resultados alcanzados no obedece sólo a la complejidad del tema que siempre deja variables "restos", difíciles de interpretar econométricamente. También juegan un papel importante, la diferencia cualitativa y cuantitativa de las series estadísticas de los países subdesarrollados y la palpable discrepancia del proceso de desarrollo en el siglo pasado, cuando los avances tecnológicos eran graduales y recuperables por naciones que comenzaban con retraso, y en el presente. Se impone, por lo tanto, separar los resultados mucho más confiables de la investigación confinada a los países ya desarrollados de los más provisionarios obtenidos en el estudio de los países subdesarrollados.

A. POBLACION Y DESARROLLO ECONOMICO EN LOS PAISES YA DESARROLLADOS.

Simón Kuznetz en una monografía que le valió el premio Nóbel en economía —'Modern Economith Growth: Rate, Structure, and Spread' (1966)— dedica un largo capítulo (c. 2) al estudio de las series históricas (con frecuencia de más de 100 años, nunca de menos de 50) referentes al crecimiento de la población y del producto nacional en una quincena de países ya desarrollados.

Sus principales conclusiones son:

a) en los 'comienzos' del crecimiento económico de esos países la 'población aumentó más rápidamente' allí donde las tasas de crecimiento del producto per capita fueron más elevadas (29: 40);

b) este crecimiento inicial de la tasa de aumento de la población, se deja explicar plenamente por el solo hecho de la 'disminución de la tasa de mortalidad' (29: 41), inicialmente correlacionada positivamente con el crecimiento del producto nacional;

c) en algunos de esos países la 'tasa de natalidad' aumentó a los 'comienzos del despegue económico' debido a razones institucionales (distribución de la tierra, supresión de trabas legales al derecho de casarse...), pero 'a largo plazo domina la tendencia a su disminución' (29: 48 y ss.);

d) la disminución de la tasa de natalidad 'comenzó' en los sectores con 'mayores ingresos y status más altos', pero el fenómeno se fue extendiendo posteriormente también a los demás sectores de la población (29: 50). Existe una correlación negativa entre nivel de ingreso y tasa de natalidad;

e) la disminución de la tasa de natalidad obedeció 'decisiones de las parejas' y al influjo de nuevas estructuras sociales y culturales, no a políticas determinadas de los Estados (29: 50);

f) la 'emigración' obedeció a 'razones económicas' (29:54);

g) en general, la evolución de las tasas de natalidad, mortalidad y migración fue "en buena parte 'resultado del crecimiento económico'" (29:57);

h) los 'cambios demográficos' originados por el crecimiento económico tuvieron 'posteriormente' un 'notable efecto sobre el progreso económico mismo': originaron un aumento relativo de la población económicamente activa, bajaron proporcionalmente los costos de educación, crearon economías de escala, hicieron factibles proyectos económicos de gran envergadura con menor riesgo empresarial y cambiaron patrones de comportamiento tales como el tiempo de trabajo, la estructura de la canasta de bienes demandados y la forma de vida de las pequeñas aldeas (29: 58);

i) sin embargo, 'no' hay una correlación clara entre las tasas de 'crecimiento de la población y del producto per capita' en el 'conjunto' de los países estudiados (29: 76 y ss.)

j) 'más de la mitad del aumento del producto' se debe a factores 'distintos' de la acumulación del capital y de la mano de obra. Factores 'tecnológicos' tales como mejor calidad del equipo y del personal, mejor organización y economías de escala explican ese resultado (29: 83).

En conjunto Kuznetz sugiere una causalidad mutua entre crecimiento económico (que tuvo prioridad temporal) y población (en un segundo tiempo) y recalca algunas de las variables intermedias entre población y crecimiento económico. En el apartado 5 tendremos ocasión de estudiarlas con más detenimiento. Ciertamente en los países ya desarrollados el crecimiento económico a la larga ha frenado el crecimiento poblacional sin mediación de una política estatal orientada a la reducción de la tasa de natalidad.

B. POBLACION Y DESARROLLO ECONOMICO EN LOS PAISES SUBDESARROLLADOS.

La brevedad de las series estadísticas disponibles en los países aun subdesarrollados y, a veces, su misma confiabilidad frustran toda presunción de establecer correlaciones válidas entre las tasas de crecimiento poblacional y del producto nacional. Al presentar algunos de los resultados obtenidos por diversos investigadores conviene, pues, recordar que más que de verdaderas conclusiones definitivas se trata de indicios más o menos verosímiles.

a) Al igual que en los países desarrollados tomados en su conjunto 'no parece existir una clara correlación entre las tasas de crecimiento de la población y del producto per cápita'. Un cuadro preparado por el Instituto de Estudios sobre el Desarrollo de la Universidad de Sussex (Development Myths, May 1969) y que abarca series de quince años (1950-1965) muestra más bien una débil correlación positiva entre ellas:

Tasa de crecimiento demográfico: menos del 2 o/o anual		Tasa de crecimiento demográfico: 2-2.9o/o anual		Tasa de crecimiento demográfico: más del 2.9 o/o anual	
Tasa de crecimiento del PB/per capita		Tasa de crecimiento del PB/ per cápita		Tasa de crecimiento del PB/per capita	
Túnez	2.2	Marruecos	-0.3	Kenia	1.9
Nigeria	1.2	Egipto	3.1	Rodesia	0.9
Tanzania	1.2	Gana	2.4	Costa Rica	0.7
Jamaica	5.1	Sudán	3.0	R.Dominicana	2.3
Antillas	- 1.4	Uganda	0.8	El Salvador	2.2
Argentina	1.2	Haití	- 0.7	Guatemala	1.7
Bolivia	0.1	Panamá	3.0	Honduras	0.5
Argelia	1.8	Trinidad	5.3	México	2.7
		Chile	1.2	Nicaragua	2.7
		Colombia	1.7	Brasil	2.3
		Paraguay	0.8	Ecuador	1.5
		Perú	2.8	Venezuela	2.7
		Irak	6.9	Israel	5.8
		Birmania	2.9	Siria	0.7
		Ceilán	0.1	Cambodia	2.7
		India	1.5	Taiwan	3.9
		Pakistán	1.3	Filipinas	2.1
		Corea del Sur	4.2		
		Tailandia	3.0		
Tasa media	1.4	Tasa media	2.3	Tasa media	2.2

(Fuente: 57:35)

Otros estudios de Weintraub, Adelman y Heer (23:423-44) indican también una baja correlación positiva entre la tasa cruda de natalidad y el ingreso per cápita. Las correlaciones van de 0.25 en Weintraub hasta 0.037 en Heer, quien utiliza un modelo multiplicativo de varias variables índices del desarrollo económico (23:427, 438 y ss.). Micklin ha establecido para 19 países de América Latina una correlación también muy débil de 0.03 entre cambios demográficos y cambios económicos durante el período 1950-1960 (3 :181). Como bien dice Micklin, la modernización demográfica (tasa de crecimiento de la población y tasa de mortalidad infantil bajas o descendientes) "parece haber ocurrido independientemente de cambios en las dimensiones sociales y económicas de la organización de la sociedad " (Ibid)

b) Aunque la correlación entre las clásicas variables macroeconómicas (ingreso

per cápita, tasa anual de crecimiento del PIB) y las demográficas es "muy tenue" en América Latina sí parece existir una correlación negativa significativa entre tasas de natalidad y algunas variables socioeconómicas directamente ligadas con el nivel de vida más que con la industrialización: número de teléfonos, de periódicos circulados, de camas en hospitales por 1,000 habitantes, etc.

Kirk (27:139) presenta los siguientes datos:

Tasas de natalidad explicadas por algunas variables socioeconómicas representativas de 25 países de la región de América Latina, 1960-1964.

Variable (x)	Correlaciones de orden cero	Porcentaje de varianza en tasas de natalidad explicadas por regresión: Lineal (a) Asintótica (b)	
1) Porcentaje de población en ciudades de más de 20,000 habitantes	-0.75	55	61
2) Porcentaje de varones ocupados no en agricultura	-0.85	71	74
3) Porcentaje de alfabetos mayores de 15 años	-0.71	47	77
4) Teléfonos por 1,000 habitantes	-0.94	87	87
5) Camas de hospital por 1,000 habitantes	-0.83	68	72
6) Periódicos en circulación por 1,000 habitantes	-0.80	62	63
7) Esperanza de vida de la mujer al nacer	-0.76	55	59

(a): tasa de natalidad = $\alpha + \beta x$
 (b): tasa de natalidad = $\alpha + \beta c^x$

c) Una comparación por continentes usando los mismos indicadores socioeconómicos revela la existencia de muy notables diferenciales socio-económico-culturales en la correlación entre modernización demográfica y variables económicas. En los países del Este y Sudeste asiático y en los países islámicos la correlación negativa entre tasas de natalidad y variables estrictamente económicas (producto y consumo de energía per cápita) es más fuerte que en los países de la región latinoamericana. En cambio las variables de tipo urbanístico y de servicios propios de una sociedad de consumo se correlacionan en América Latina de modo más intenso con la tasa de natalidad que en otros continentes:

Correlaciones de orden cero de algunas características socioeconómicas con las tasas de natalidad en América Latina, Este y Sudeste de Asia y Países Islámicos. Circa 1962.

Características socioeconómicas	25 Países de América Latina	17 Países Este y S. Este Asia	15 Países Islámicos
1. Producto neto per capita	-0.42	-0.67	-0.59
2. Consumo de energía per capita	-0.26	-0.73	-0.38
3. Por ciento de varones trabajando no en la agricultura	-0.85	-0.50	-0.27
4. Por ciento de alfabetos de más de 15 años	-0.71	-0.55	-0.82
5. Por ciento de matrícula escolar en población 15-19 años	-0.44	-0.77	-0.80
6. Circulación periódicos por 1,000 habitantes	-0.80	-0.75	-0.82
7. Teléfonos por 1,000 habitantes	-0.94	-0.50	-0.54
8. Camas de hospital por 1,000 habitantes	-0.83	-0.66	-0.33
9. Esperanza de vida de la mujer al nacer	-0.76	-0.65	X

Fuente: (27:143)

d) Las características de la relación desarrollo económico-tasa de natalidad han sido explicadas en América Latina tratando de hallar "umbrales" de desarrollo a partir de los cuales comienza a bajar la tasa de natalidad. Tomando como "umbrales" los valores extremos existentes en 1962 para los países de América Latina donde la modernización demográfica ya existía (Argentina, Chile, Cuba, Puerto Rico, Trinidad y Tobago, Uruguay) construyó Kirk (27:141) este interesante cuadro:

Zonas de umbrales demográficos para diversas variables socioeconómicas en la región Latinoamericana. Circa 1962.

VARIABLES SOCIOECONÓMICAS	ZONA DE UMBRALES (1)
1. Por ciento de población en ciudades de más de 20,000 habitantes.	16 -- 47
2. Por ciento de varones trabajando no en la agricultura	58 -- 63
3. Por ciento de alfabetos en varones de más de 15 años	83 -- 87
4. Por ciento de alfabetos en mujeres de más de 15 años	74 -- 85
5. Teléfonos por 1,000 habitantes	2.8 -- 2.9
6. Camas de hospital por 1,000 habitantes	3.8 -- 5.3
7. Periódicos en circulación por 1,000 habitantes	63 -- 109
8. Expectación de vida al nacer	59 -- 67

(1): El primer número en la "zona de umbrales" da el valor mínimo registrado en el grupo de naciones modernizadas demográficamente; el segundo indica el valor máximo en el mismo grupo.

Kirk (27: 142) indica que estos umbrales son mucho más altos que los observados en la historia de los países ya desarrollados. Su hipótesis explicatoria se basa en el tiempo mucho menor que tomó en América Latina el inicio del proceso de modernización socioeconómica. Para el futuro "es razonable esperar una reducción de la fertilidad y del tamaño de la familia, una vez que se inicie, mucho

más rápida (que en los países europeos) en razón de tecnologías modernas de comunicación y, en realidad, esto parece estar acaeciendo " (Ibid.)

RESUMEN

En los países subdesarrollados parece (recordar las limitaciones metodológicas de los estudios realizados!) repetirse con la población lo mismo que pasó en Europa y otros países ya desarrollados económicamente al comenzar la modernización socioeconómica: la tasa de crecimiento de la población sube al aumentar la de crecimiento del producto. Pero, a diferencia de aquellos países, el aumento de la tasa de crecimiento de la población, aunque obviamente provocado por la disminución de la tasa de mortalidad, es relativamente independiente del desarrollo económico, sobre todo medido por índices industriales. Las tasas de natalidad se correlacionan negativamente más bien con algunas variables reflejos de la modernización de la vida.

En América Latina los "umbrales" demográficos relacionados con variables socioeconómicas son más altos que en los países ya desarrollados en los comienzos de su modernización demográfica.

NOTA SOBRE DESARROLLO ECONOMICO Y POBLACION EN RD

Aunque el tema no ha sido investigado adecuadamente, sobre todo a nivel nacional, contamos con estudios parciales sobre la correlación existente entre algunas variables índices de desarrollo económico (educación, urbanización, nivel de ingresos) y la fertilidad: a) el número de hijos por mujer en las zonas rurales es superior en una unidad al registrado en las zonas urbanas (56:248, 253); b) según Belcher y Vázquez (6:38 y ss.), el número ideal de hijos deseado por las madres en las zonas rurales del país "manifiesta una tendencia a (estar) inversamente relacionado con el número de años de escolaridad" y con la edad de la madre. Ese número ideal es mayor entre los agricultores que entre los que en el campo ejercen cualquier otra profesión. Estos resultados concuerdan bien con los de una investigación del Centro de Investigación y Acción Social en Cotuí (10: 82 y ss.), que además registró una correlación negativa entre el grado de empleo y nivel de ingresos de los jefes de familia, por una parte, y el número de hijos, por otra.

Hay razones, pues, para suponer que el proceso de modernización demográfica se inicia entre nosotros tímidamente y que está relacionado positivamente con algunas variables socioeconómicas como el nivel de escolaridad y de urbanización. Aun en el campo hay señales de esta evolución. No es fácil a la luz de estos estudios aceptar algunas de las hipótesis más pesimistas de García Bonelly (20).

NOTA SOBRE PREVISIONES REFERENTES A LA TASA DE NATALIDAD

Kirk en su brillante estudio, citado ya varias veces, opina que aun en los países subdesarrollados es previsible una baja en la tasa de natalidad por prácticas voluntarias de control de la natalidad, incluido el aborto. A partir de 1960 ese proceso ha comenzado en bastantes lugares distintos en todas las latitudes geográficas y en todas las culturas (de paso ni el catolicismo ni el socialismo de algunos países han influído en esta tendencia. Ver: Kirk, pág. 126) y a un ritmo más rápido que el observado previamente en Europa (pág. 131). Sí parecen existir "umbrales" regionales distintos para la iniciación de la modernización demográfica. Umbrales que parecen ser especialmente altos en América Latina.

En los últimos años se ha podido comprobar la entrada de varios países en una transición demográfica:

Tasas de natalidad 1960-1964, 1965-1969, y 1970, en países selectos (tasas por 1,000 habitantes).

Países	1960-1964	1965-1969	1970
Mauricio	38.9	31.8	26.0
Reunión	44.0	38.9	31.2
Túnez	46.2	40.6	36.1
Costa Rica	46.1	39.6	33.8
Guadalupe	36.4	32.5	28.3
Jamaica	39.9	36.6	34.4
Martinica	35.3	31.0	27.4
Trinidad/Tobago	37.1	28.6	24.3
Hong Kong	34.2	24.9	20.0
Singapur	35.6	26.9	23.0
Ceylán	35.1	32.1	29.4
Malasia Occidental	39.2	32.9	29.9
Samoa (USA)	42.2	36.6	34.6
Fiji	39.2	32.9	29.9

Fuente (68: 21)

Otros países que aparecen haber registrado en ese período una caída notable en la tasa de natalidad son Chile, Egipto y Corea del Sur (68: 20).

Otros autores, como Hauser (22) son menos optimistas, aunque todos cuentan obviamente con un límite del crecimiento de la población a muy largo plazo.

3. CONSIDERACIONES MACROECONOMICAS

En este apartado consideraremos tres tipos de argumentos macroeconómicos muy usados para fundamentar políticas agresivas de control de población: 1) la escasez de recursos naturales para mantener una población creciente; 2) la dificultad de aumentar la tasa de ahorros y de inversión con una población creciente; 3) las desventajas de una migración del campo a la ciudad.

A. ESCASEZ DE RECURSOS

Malthus fue el gran profeta de un mundo superpoblado relativamente a los recursos agrícolas. A priori, y desechando la remota posibilidad de hallar en otros planetas prontas fuentes alternas de oferta alimenticia, no es posible negar que un aumento ilimitado de la población llevaría a un mundo finito a una situación desesperada. Este tipo de argumentación adolece, sin embargo, de una debilidad fundamental: ignorar la serie vasta de obstáculos al crecimiento de la población que la humanidad, aun sin políticas restrictivas de la población, ha ido desarrollando para controlar su aumento sin fin (48:1.4, c. 1, 196 y ss). Las proyecciones probables de población elaboradas por las Naciones Unidas no contemplan esta posibilidad (67).

Sí es seguro, por otra parte, que por varias décadas la población mundial aumentará considerablemente. Según las Naciones Unidas en el año 2,000 la población de la Tierra llegará a 7.5 mil millones de habitantes, si se mantienen las actuales tasas de fertilidad, lo que no es muy probable, o a 5.4 mil millones en el caso de una sustancial reducción de las tasas de fertilidad y mortalidad actualmente prevalecientes. Estas proyecciones supondrían unos 3.8 mil millones o, al menos, 1.7 mil millones más de habitantes que en 1970. ¿Es posible aumentar la oferta de

alimentos para un tal aumento de población?

Por falta de competencia no me es posible hacer aporte alguno personal a la respuesta a esta pregunta. Sí parece existir en la actualidad un cierto optimismo sobre las perspectivas de la oferta de alimentos para la población mundial prevista para los próximos decenios.

Fisher (18) y Fisher y Potter (19) al cabo de un survey de recursos naturales se muestran esperanzados. Fisher, después de analizar algunos índices de escasez como el consumo per cápita, la relación empleo/producto, la relación precios de recursos naturales/precios generales y las reservas conocidas de tierra, agua, minerales y energía, concluye con que aun para el futuro el optimismo es justificado (18: 392).

En un detallado análisis sobre la oferta de alimentos, T.W. Schultz, conocido economista agrícola escribe:

es muy baja la probabilidad de que ocurra un hambre mundial en el próximo futuro; en la próxima década o en la siguiente (62: 267).

Para nosotros, en República Dominicana, es muy interesante la observación de Schultz de que ni siquiera una subdivisión de las fincas amenaza, por el momento, con disminuir la oferta de alimentos ni tan siquiera el nivel de vida del campesino. En su opinión la divisibilidad de los insumos agrícolas impediría el nacimiento de diseconomías de escala: éstas son previsibles sólo para los insumos institucionales (programas de extensión, crédito agrícola...) (62: 268). Schultz llega a plantear el dilema de una agricultura mundial (no la de los Estados Unidos!) futura, tal cual se prevé a base de experiencias históricas, no en términos de si el campesino podrá sobrevivir, sino en términos de qué uso dará a sus ahorros previsibles (62: 268).

Las proyecciones de Schultz no significan, por supuesto, que se logre eliminar el diferencial de ingresos entre campo y ciudad, ni que no puedan ocurrir crisis alimenticias regionales, ni que las discrepancias internacionales en el nivel de vida campesino vayan a desaparecer. Sí se presupone, en cambio, la continuidad de tendencias ya existentes como la posibilidad del comercio internacional, la difusión paulatina de tecnologías más avanzadas (por ahora, no se anticipan rendimientos marginales decrecientes de la investigación agrícola) y la mejoría de organizaciones de asistencia técnica y crediticia a los campesinos.

Por estas razones Ohlin (44: 78) escribe:

Hasta ahora no hay base firme para creer que hay una tendencia descendente en las condiciones nutricionales que deba ser eslabonada al crecimiento de la población. En general el consumo y la producción de alimentos ha sido correlacionada con el crecimiento de la población. De todas las consecuencias posibles de la actual explosión demográfica, una escasez catastrófica de alimentos parece la más remota.

Podemos incluso preguntarnos: si fuese previsible una escasez cuantitativa o una deterioración cualitativa de los recursos naturales y ambientales ¿se debería esa deterioración al aumento de la población o más bien al aumento del producto per cápita? Fisher y Potter responden: "parece claro que crecientes niveles de ingreso (per cápita) tienden a presionar los recursos, tanto en términos cuantitativos como cualitativos, mas rápidamente que lo que hace el crecimiento de población" (19: 239).

La consecuencia lógica puede parecer paradójica: a la larga estamos abocados a la mayor urgencia de una política que frene el desarrollo económico (sobre todo en los países desarrollados) que a la de una política de control de población!

Aunque la importancia de la acumulación de capital como factor clave del crecimiento del producto per cápita ha sido exagerada en el pasado (otros factores contribuyen poderosamente a ese resultado: tecnológicos: Kuznetz, 29: 74 y ss.; Mansfield, 34: 27 y ss.; empresariales: Schumpeter, 64: c. 11; estratégicos respecto a la secuencia de inversiones interdependientes: Hirschman, 24: cc. 5 y 6), no hay duda de que la tasa de desarrollo económico de un país depende muy fundamentalmente de la tasa de inversiones.

Las inversiones son, a su vez, función directa del ahorro interno (suponemos que el ahorro externo tendrá generalmente sólo importancia marginal). Estas proposiciones son lugar común en teoría macroeconómica.

Ahora bien, ¿afecta, "caeteris paribus", la tasa de crecimiento de la población a la tasa de ahorro? Hay muchas razones para creer que sí. Cuando una nación experimenta, por ejemplo debido a una disminución en la tasa de mortalidad infantil, un aumento de su tasa de crecimiento de población, el porcentaje de la misma, económicamente activa va disminuyendo lentamente por varios decenios. En República Dominicana, para tomar un caso, el porcentaje de la población entre 20 y 64 años ha disminuído del 40.5 por ciento en 1935 al 38.2 por ciento en 1970 (13: 7). Esto significa que cada persona ocupada tiene que alimentar a más personas menores y que el Estado tiene que invertir más en educación, hospitales infantiles, etc., simplemente para mantener la relación inicial de capital social per cápita.

Ante esa situación parece lógico suponer que la capacidad de ahorro de los individuos ocupados disminuye o, al menos, no crece —si la tasa de ingreso per cápita supera la tasa de dependientes por persona ocupada— todo lo que sería posible. El mismo Estado tiene que disminuir relativamente al menos la tasa de crecimiento de sus inversiones en bienes físicos no relacionados con los servicios sociales. (11)

La diferente exigencia que una elevada tasa de crecimiento de la población impone al ahorro se deja visualizar con un simple ejemplo aritmético. Si un gobierno se propone como meta de su política un aumento del producto per cápita del 3 por ciento anual y si se supone un coeficiente capital/producto constante de 3, será necesaria, en ausencia de ahorro externo, una tasa de ahorro de sólo el 9 por ciento si la población no crece nada, del 15 por ciento si la población crece al 2 por ciento anual y del 18 por ciento si lo hace al 3 por ciento. Muchos economistas consideran justamente que no es fácil en países subdesarrollados alcanzar tan elevadas tasas de ahorro interno y por eso ven en la población creciente un serio obstáculo para el desarrollo económico, al menos si un país recibe ayuda externa mínima (8: 86 y ss).

En su forma lógica el argumento es inobjetable, con la salvedad de que una parte apreciable de los costos hechos por los padres en la crianza de los hijos pueden ser considerados como inversiones en capital humano.

Hay varios aspectos de este tipo de argumentación, sin embargo, que exigen un análisis cuidadoso. Cuando se invoca este tipo de razones para implantar una política de limitación de la población, se supone obviamente que es realizable actualizar el potencial de ahorro así generable, para inversiones actuales. Este supuesto es altamente discutible, sobre todo si suponemos que los padres de familia aceptan limitar sus hijos no para invertir mas sino para consumir más. Esta suposición es eminentemente realista en países con muy bajos ingresos per cápita. O sea, no es tan fácil en la vida real aumentar sensiblemente el ahorro reduciend o la natalidad cuando en los países subdesarrollados existe un sub-consumo palpable en las clases pobres y un síndrome de consumo ostentativo en las clases altas.

Por eso, cada vez más economistas tienden a calificar de "mecanicista" la forma de pensar reflejada en la secuencia expuesta; menor tasa de natalidad = aumento relativo de la población económicamente activa → aumento del producto per cápita → aumento de la tasa de ahorro → aumento de las inversiones → aumento del producto per cápita, etc. (Ver: Schultz, 61: 166; Myrdal, 40: III, 2067 y ss.). En otras palabras, los pasos del argumento son lógicos (consiguientemente inobjetables desde un punto de vista teórico), pero cada paso es el resultado de la agregación de decisiones humanas que envuelven muchas otras variables y decisiones alternas (y por lo tanto el argumento es políticamente peligroso). Es instructivo el juicio de Myrdal, conocido economista sueco, sobre el modelo Coale-Hoover (11):

esta clase de análisis (modelos macroeconómicos), en términos de inversión y producto... es demasiado mecanicista y esquemática. Da la apariencia de conocimiento, donde no hay nada de eso... A pesar de las protestas de sus autores, se crea un falso aire de precisión y una falsa confianza en su modelo... Tendrían que ser mucho más complejos para ser lógicamente consistentes y adecuado a la realidad. Con la actual miseria de datos, entregarse a este tipo de análisis macroeconómico preparatorio no parece ser empresa prometedora (40: 2067—2075).

Hace falta, pues, mucha más investigación microeconómica para saber cómo reaccionan los padres de familia y los gobiernos al disminuir la tasa de natalidad antes de aceptar como guía seguro para la acción argumentos tan condensados.

En esta línea se mueve también Hirschman, el tan leído autor de *La estrategia para el desarrollo económico*, quien llega a considerar posible que la misma caída del nivel de vida originado por un aumento en la población se convierta en mecanismo para desarrollar "una actividad destinada a mantener o recuperar el tradicional nivel de vida... (lo que) causa un aumento, en la habilidad para controlar el ambiente y para organizar el desarrollo" (24: 177). No es posible discutir los méritos de semejante inversión verdaderamente copernicana en la concepción de la importancia del crecimiento de la población para el desarrollo de los países pobres. Lo importante es señalar cómo economistas célebres, cuando tienen una experiencia de la realidad, son capaces de comprender la variedad de reacciones posibles y probable que tiene el hombre frente a un mismo estímulo.

Pero esta no es la única objeción posible al argumento de Coale-Hoover. La importancia implícita de la inversión para el aumento del producto per cápita descuida, además, el papel del "capital humano", la tecnología dominada. Kuznetz basado en el estudio de largas series estadísticas de los países ya desarrollados, llega a la conclusión de que más de la mitad del crecimiento del producto se debe a un "aumento en eficiencia — mejoras de la calidad del trabajo y capital, asociados con conocimientos mayores y mejor utilización" (29: 83).

Partiendo de esta interpretación de las causas del crecimiento del producto nacional, Leibenstein ha expuesto un interesante "efecto de reemplazo" que él mismo define así:

La tasa a la cual un pueblo transmite a las generaciones subsiguientes, características adquiridas, dependerá en parte de la tasa de crecimiento de la población y de su estructura por edades. Esto se aprecia rápidamente si asumimos que todas las mejoras cualitativas tienen lugar entre los grupos más jóvenes y no en los mayores. Por ejemplo, las mejoras de nutrición y de escolaridad probablemente entran a formar parte del sistema durante la juventud. En la medida en que los entrantes en la fuerza de trabajo son de más calidad (o sea, más escolaridad, más

destrezas) que los que la dejan por muerte o retiro, la calidad promedio de la fuerza de trabajo mejora más rápidamente, si la tasa de crecimiento de la población es, "caeteris paribus", más bien alta que baja (31: 188).

Estos supuestos son aparentemente realistas en países subdesarrollados donde las generaciones mayores tuvieron poca o ninguna educación escolar y técnica. Es cierto, por otra parte, que un rápido aumento de población puede hacer decaer la calidad de la educación al hacer más difícil y costosa la educación de un número creciente de jóvenes y al escasear personal docente idóneo. Pero téngase en cuenta que esta caída de la calidad de la educación se notará probablemente sólo en los incrementos marginales de educandos y que por lo tanto puede no llegar a bajar la calidad promedio de la educación.

Hay buenas razones, por lo tanto, para suponer que la inclusión de inversiones en capital humano puede modificar sustancialmente la importancia tradicionalmente concedida a la relación población-ahorro-inversión física. Una vez que se abandona la forma de pensar de que sólo existe un factor de producción estratégico en el desarrollo —la inversión física— se llega a la conclusión de que "tales consideraciones son menos importantes que lo que uno hubiera creído hace dos décadas y de que en la mayor parte de los casos no son los factores de importancia primaria", aunque no es posible tampoco afirmar que "no tienen importancia" (31: 176).

C. MIGRACION DEL CAMPO A LA CIUDAD POR RAZONES DEMOGRAFICAS.

Otra razón macroeconómica aducida con frecuencia para abogar en pro de una política de limitación de la tasa de crecimiento de la población es la emigración campo-ciudad que ésta provoca.

En efecto, esta emigración plantea a los gobiernos la necesidad de fuertes inversiones urbanísticas y sociales, lo que grava sus recursos e impide inversiones en sectores que se creen más productivos. Por esta razón la migración interna en países subdesarrollados, como el nuestro, recibe una evaluación negativa (Mendoza Rijo, 37).

De nuevo puede que esta evaluación refleje la importancia excesiva atribuída a un solo factor de desarrollo: la inversión física. Desde el momento en que nos preguntamos sobre el cambio que experimenta el factor humano, al emigrar del campo a la ciudad, estamos obligados a matizar más nuestro juicio.

Es verdad que esa población inmigrada a los barrios marginados de las grandes ciudades tiene que vivir promiscuamente, recibe una baja educación escolar y puede sufrir un choque cultural que resquebraje su moral (4:13).

Pero estudios recientes muy detallados sobre la migración hacia las ciudades latinoamericanas (Browning, 7) insisten en considerar este proceso como positivo" para el desarrollo económico, dada la selectividad de los emigrantes. Los estudios empíricos realizados indican que en América Latina emigran del campo a la ciudad los adultos más jóvenes, especialmente las mujeres (para las cuales hay más oportunidades de empleo en ciudades con una red desproporcionada de servicios), los solteros, los más educados y los más dispuestos a correr riesgos (7: 285 y ss.). Características todas que tienden a aumentar la edad de contraer matrimonio lo que incide negativamente en la fertilidad. Las mismas investigaciones muestran que no hay variaciones fundamentales respecto a valores familiares o religiosos (el emigrante tiene en la ciudad su red de amistades, familiares y conocidos de antaño), que el emigrante alcanza una movilidad ocupacional superior a la de los mismos nativos de las ciudades y que más que un caos político tiene lugar un "proceso de

reconstrucción social y de iniciativa popular" (7:304). Por eso Browning termina su estudio con estas palabras:

Aun si las oportunidades de empleo no son tan grandes en las ciudades como sería de desear son sin embargo demostrablemente superiores a las de las áreas rurales o a las de las pequeñas comunidades urbanas de origen. Y, muy importante, las facilidades educacionales son mucho mejores. Aun cuando el emigrante no pueda ya beneficiarse de ellas, sus hijos sí pueden hacerlo (7: 310).

Un reciente documento del Secretariado Técnico de la Presidencia (65) indica también una evaluación más positiva de la migración a la ciudad:

...la actualidad latinoamericana... nos indica que el flujo campo-ciudad es una aparente realidad cuyas causas son serias y complejas. Por lo tanto nuestra filosofía se basará en no tratar de frenar — porque sí — a este fenómeno, sino orientarlo. De manera que tienda a transformarse de un problema casi irresoluto a una variable más que coadyuve en el fenómeno de desarrollo que nos hemos propuesto (65: 146 y ss.).

Esta posición es realista. También en República Dominicana se ha comprobado que la emigración a la ciudad es predominantemente de mujeres: en 1970 había en Santo Domingo 88 hombres por cada 100 mujeres; en Santiago de los Caballeros 90 hombres por cada 100 mujeres (43:182); en todos los centros urbanos, de cualquier tamaño, el número de mujeres supera al de hombres (43: 82).

El Centro de Investigación y Acción Social ha demostrado en Cotuí que los emigrantes a la ciudad tienen mejor nivel de ingresos y de ocupación que los nativos, a la vez que menor número de hijos (10: 81 y ss.). Este estudio hace notar que: "Estos datos corroboran la tesis, demostrada en otros muchos estudios, de que el inmigrante, sin estar mejor preparado, tiene más éxito económico... que el habitante promedio de la zona de inmigración" (10:82). Tiene, además, menos hijos lo que supone la existencia de un freno a la misma alta tasa de natalidad que dio origen a su migración.

4. EL ANALISIS ECONOMICO DEL DESEO DE LIMITAR EL NUMERO DE HIJOS

Las limitaciones de un enfoque macroeconómico para la dilucidación de la relación población-desarrollo económico son tan claras, que se nota recientemente un mayor énfasis en estudios microeconómicos sobre la "demanda familiar de hijos" (61: 148).

Los estudios emprendidos con esta orientación siguen dos caminos: uno considera a los hijos como "bienes de inversión" para los padres, y el otro como "bienes de consumo".

A. LOS HIJOS COMO "BIENES DE INVERSION".

En una economía supersimplificadora, popular desde Keynes, la demanda de bienes de inversión depende del rendimiento marginal del capital. El cálculo de este rendimiento marginal se hace comparando el valor actual de todos los egresos previsibles en la crianza de los hijos con el valor actual de todos los rendimientos monetarios para los padres de esos hijos hasta su emancipación, y ese resultado con la tasa de interés vigente. Para calcular el valor actual de esas sumas, además de poder preverlas (¡no pequeña hazaña!) es necesario fijar una tasa de descuento. Exigencias obviamente contrarias al sentido común y a la práctica de la inmensa mayoría de los padres.

A pesar de todo, Enke (16) se ha entretenido en calcular el valor actual de los hijos como bienes de inversión para los padres y ha llegado a la conclusión de que es bajísimo y aun negativo en los países subdesarrollados. Ohlin (44:187) calcula que la ganancia familiar de evitar un nacimiento puede ser de hasta dos veces el ingreso per cápita anual y que la ventaja comparativa del rendimiento marginal del capital invertido por el Estado en evitar hijos puede llegar a ser cien veces mayor que la de otras inversiones pública (44:188).

Evidentemente algo no funciona bien en este tipo de cálculos. El método, por ejemplo, sólo contabiliza los beneficios y costos monetarios y no las satisfacciones y sacrificios de tipo psicológico. Bien dice T.P. Schultz: "Evidentemente los hijos representan para los padres mucho más que ser bienes de inversión" (61:165).

Llevado a sus lógicas consecuencias —que los padres toman sus decisiones sobre el número de hijos a base del cálculo de su rendimiento marginal— el argumento corre peligro de autodestruirse: si ese rendimiento marginal es tan bajo, quizás negativo a partir de cierto número de hijos, no existiría problema alguno de población. Sencillamente no se tendrían hijos hasta que la oferta limitada de mano de obra de mano hiciese subir los futuros rendimientos marginales esperables de ellos. Siempre podrá evadirse esta consecuencia afirmando que los padres no tienen los hijos que desean, sino los que no pueden evitar. En este sentido, los cálculos sobre el valor actual de los hijos como inversión pueden ser una guía macroeconómica para guiar las inversiones del Estado, pero no para comprender la demanda de hijos por los padres.

B. LOS HIJOS COMO "BIENES DE CONSUMO"

Más prometedor parece el método de estudiar la demanda de hijos por los padres como si fuesen "bienes de consumo", es decir, dentro del marco y de los supuestos levantados para estudiar la demanda.

La teoría de la demanda se imagina a un individuo, en nuestro caso una pareja, tratando de maximar su utilidad al demandar uno de varios bienes puestos a su elección, fijados sus gustos, su ingreso, los precios de los bienes a elegir y la probabilidad de que estas variables sean constantes. Para examinar su beneficio la unidad económica que va a demandar bienes debe seguir las dos leyes operacionales de Gossen: el valor de un bien disminuye al tener el individuo más unidades de ese bien, el individuo demanda bienes distintos en tales cantidades que la utilidad que se le deriva de la última unidad adquirida de cada bien es igual en todos ellos. Subyacente a estas reglas de elección está la suposición de que el individuo tiene en su poder la capacidad de adquirir 'o no adquirir' más bienes de cada clase.

Pasemos breve revista a los resultados obtenidos de este tipo de análisis.

a) Gustos. Hasta ahora las preferencias sobre el número de hijos del "consumidor promedio" se han hecho depender de la 'escolaridad' de los padres (15: 400; 23: 428), de su 'edad' y de la 'subcultura social' a la que pertenece (61:150).

Keeny, por ejemplo, muestra fácilmente con el caso de padres demandantes de esterilización en la India cómo las preferencias de hijos dependen del factor 'edad' (padres mayores de edad demandan más la esterilización) (26:11).

Las subculturas -sobre todo la cultura urbana y la cultura rural- han recibido también fuerte atención entre los investigadores (1: 31) **VARIEDAD DE LOS BIENES PUESTOS A ELECCION**. Cuando una persona acostumbrada a una elección entre determinados bienes se encuentra con una ampliación de bienes

nuevos, debe revisar sus opciones previas de demanda. Ahora bien, una de las características más claras de la economía moderna, a la que también están sometidos los países desarrollados aunque no sea sino por el efecto de los medios de comunicación, es su capacidad de producir continuamente 'bienes adicionales' sobre los ya producidos anteriormente. 'Caeteribus paribus', esta adición de nuevos bienes còmpite con el deseo de las familias de tener más hijos, tendiendo a reducirlo (15: 400).

Más importante aún parece la ampliación del campo de bienes a elegir representado por la posibilidad de empleo remunerado para la mujer o de formas nuevas de utilizar su tiempo libre como actividad social, incluso política, fuera de casa. Nada de admirable tiene, pues, que algunos países —China, por ejemplo— dan a ese factor gran importancia dentro de sus planes de limitación de nacimientos. Suyin escribe:

La maternidad voluntaria debe fundarse sobre la emancipación de la mujer, su igualdad, su derecho a estudiar y a participar en todas las decisiones políticas, así como sobre su conciencia social acrecentada (66: 105).

Más importante aún parece la ampliación del campo de bienes a elegir representado por la posibilidad de empleo reenumerado para la mujer o de formas de utilizar su tiempo libre como actividad social, incluso política, fuera de casa. Nada de admirable tiene, pues, que algunos países —China, por ejemplo— den a ese factor gran importancia dentro de sus planes de limitación de nacimientos. Suyin escribe: La maternidad voluntaria debe fundarse sobre la emancipación de la mujer, su igualdad, su derecho a estudiar y a participar en todas las decisiones políticas, así como sobre su conciencia social acrecentada (66: 105).

c) Ingresos. En buena teoría económica cuando un consumidor aumenta su ingreso está en disposición de adquirir mayor cantidad de bienes de la que estaba acostumbrado (income effect). Hay pues razones teóricas para creer que un aumento del ingreso familiar inclina a tener más hijos. Pero esto no es lo que en la realidad parece suceder. Probablemente, dice Easterlin, el aumento de ingreso tiende a ampliar el horizonte de bienes demandables y a aumentar el nivel de educación, lo que hace que "se desarrollen de forma continua mayores aspiraciones de nivel de vida... Así, mientras que, por una parte, cada generación al llegar a la edad madura tiene más recursos propios (que la anterior), tiene también, por otra parte, mayores aspiraciones de consumo" (15: 405). Por supuesto, este aumento de ingresos debe ser sostenido para que se puedan deducir tales consecuencias. Como esta presunción es tolerablemente válida aún para sectores numéricamente apreciables de los países sub-desarrollados, no suele sostenerse "que un crecimiento del ingreso per-cápita tienda a aumentar la fertilidad; el efecto neto puede ser positivo, negativo o cero". (Ibid).

De hecho, el mayor éxito de Taiwan que de la India en bajar la tasa de fertilidad, a pesar de mayores egresos per-cápita invertidos por gobierno indio para controlar la población, se atribuye, en gran parte, al mayor nivel de vida y de aspiraciones económicas de Taiwan (26).

d) Precios. Todo cambio en la estructura de los precios relativos de los bienes consumidos tiende a modificar la demanda, favoreciendo la mayor demanda de bienes cuyos cambios en los precios relativos han recibido especial atención de los economistas al estudiar la demanda de hijos:

—el precio mismo de los hijos, debido a crecientes costos de crianza y más larga educación, ha subido (44: 103; 61: 164);

—el precio del ahorro para la vejez en forma de hijos, que ayudarán

económicamente a sus padres ancianos ha subido por la caída de precio de ese ahorro en forma de seguridad social;

—mayores oportunidades de empleo remunerado de la mujer aumentan los costos (de oportunidad) de los hijos (61: 158);

—los precios de los medios de control anticonceptivo han bajado (61: 160);

—el valor de un bien de consumo duradero hay que calcularlo teniendo en cuenta el flujo de servicios que proporcionará; la depreciación del trabajo infantil, crecientemente reglamentado por ley, ha disminuído el valor económico de los hijos mientras que sus costos de manutención más bien suben (61: 164).

Como se ve, todas estas variaciones de precios relativos tienden a bajar la demanda de hijos, en cuanto ésta es elástica a los precios —lo que probablemente sólo es verdad parcialmente.

e) Probabilidad de la constancia de estas variables. La demanda de bienes de consumo duraderos está sometida a un riesgo de deterioración, destrucción u obsolescencia. En el caso concreto de la demanda de hijos el mayor riesgo es, el de la mortalidad imprevista. Es evidente que la caída apreciable de la mortalidad infantil y la ampliación de la esperanza de vida al nacer ha hecho sensiblemente menor ese riesgo. Si las parejas al tomar sus decisiones sobre el número de hijos tienen en mente lograr la supervivencia de cierto número ideal de ellos, es de esperar que traten ahora de disminuir el número de hijos que quieren traer al mundo.

Parece cierto que la disminución repentina de la tasa de mortalidad infantil en los países subdesarrollados, al aumentar el número de hijos sobrevivientes por encima de lo previsto ha subido sensiblemente los costos ocasionados por ellos y ha inclinado así a las familias a disminuir el número de hijos deseados (44: 103; 61: 164; 23; 430 y ss). Ohlin después de analizar varios estudios KAP realizados en diversas partes del mundo resume así su impresión: "Lo extraordinario respecto a los resultados es su uniformidad. Sin tener en cuenta su nacionalidad, religión o raza, la gran mayoría de los hombres y mujeres en los países subdesarrollados no parecen querer más de cuatro hijos." (11:111—. Sin embargo, este tipo de estudios sobre posibilidades teóricas que la gente en la vida real no considera muy factibles da con frecuencia, resultados poco confiables (1: 34 y ss.) En República Dominicana los profesores Belcher y Vásquez han obtenido el valor de 6.16 hijos deseados por la madre de familia campesina (6:37).

f) Reglas de decisión. Las dos leyes de Gossen sobre la maximación de la utilidad en la demanda tienen un campo restringido de aplicación en el caso de los hijos, donde influyen muchos factores no necesariamente de naturaleza económica. Pero sí parece probable que la utilidad marginal de cada hijo decrezca al aumentar su número y que un costo creciente en la crianza de ellos afecte negativamente, dentro de límites no infinitesimales, la demanda de ellos.

g) Libertad de elección. Toda la teoría de la demanda del consumidor presupone que éste puede variar libremente la cantidad de bienes deseada. Si la pareja no es conciente de la posibilidad de evitar los hijos su demanda es prácticamente constante.

Por eso uno de los elementos básicos en casi todas las políticas de limitación de la población es ofrecer información y técnicas baratas de control de la fertilidad. Curiosamente, investigaciones históricas sobre las prácticas del control de la natalidad han manifestado, que aun en ausencia de toda política conciente de población, los países ya desarrollados se acercaron por decisiones voluntarias a la realización del postulado de la teoría de la demanda. Ohlin (44: 106 y ss.) presenta la historia de algunos de los métodos practicados en diversas naciones.

RESUMEN

En general, parece cierto que la pareja humana en demanda de hijos se ajusta en una medida apreciable a cambios en las circunstancias económicas. Un conjunto de variables índices del desarrollo económico —ampliación de bienes y servicios de una sociedad de consumo, trabajo remunerado de la mujer, prolongación de la escolaridad, disminución del riesgo de mortalidad— inciden negativamente sobre la demanda de hijos.

Por eso, aun cuando los mecanismos concretos de operación no han sido explorados con verdadera profundidad psicológica, parece probable que el desarrollo económico frene la tasa de fertilidad.

Supuesta la importancia del desarrollo económico para hacer caer la tasa de natalidad, surge una pregunta lógica: ¿Cómo afecta este descenso en la tasa de crecimiento de la población las perspectivas futuras a largo plazo del desarrollo económico cuando la población tienda ya a estabilizarse? Por lo pronto, economías de escala a nivel nacional serán más difíciles de lograr, salvo una redistribución del ingreso más equitativa que permita un mayor consumo nacional. Pero aunque el campo de economías de escala la especialización creciente de la división internacional del trabajo ofrece perspectivas halagüeñas.

Estas perspectivas se dilatan aún más cuando se tiene en cuenta el influjo del tamaño de la familia sobre la capacidad intelectual y aun, quizás, emocional de los hijos. Según Leibenstein es posible que exista una correlación negativa (vía mejor alimentación, mejor educación pre-escolar, mejor atención afectiva) entre el tamaño de la familia y la capacidad intelectual de los niños, medida por rendimiento escolar, I.Q., inmunidad biológica y habilidad lingüística (31: 181 y ss.). En la medida en que una población con mayor capacidad intelectual sea condición para un mejor y mayor rendimiento económico, podemos suponer que la reducción del número de hijos por familia permitirá aun a largo plazo un creciente desarrollo económico en cuanto ésto signifique mayores ingresos per cápita.

5. Efectos y mecanismos de transmisión del desarrollo económico sobre estructuras sociales ligadas a la demanda de hijos.

Para entender mejor las relaciones entre desarrollo económico y población conviene profundizar el efecto de aquél sobre instituciones sociales que afectan la vida de las parejas y, por ende, su demanda de hijos.

Kuznetz (30) acaba de hacer un importante aporte al tema. Refiriéndose sólo a los países ya desarrollados caracteriza su desarrollo económico por la aplicación de la tecnología a la producción de bienes de consumo (pág. 5). Examina después los principales efectos de ese desarrollo sobre estructuras estrictamente económicas y de ahí infiere consecuencias para la familia. Sigamos sus pasos.

Las modificaciones en las estructuras económicas provocadas por el desarrollo son de tres tipos: a) En la estructura de la demanda los avances de la tecnología han creado un cúmulo de bienes y sobre todo de servicios antes desconocidos, que afectan el estilo de vida de la población. b) La estructura empresarial se ha visto alterada por un rápido aumento proporcional de empresas de escala con gran concentración de capital y mano de obra. La escala de estas empresas ha hecho cambiar el método de selección del personal, que tiene que basarse cada vez menos en conocimientos personales y cada vez más en certificados de preparación escolar y técnica. c) Finalmente, la tecnología ha obligado y hecho posible la creación de una amplia red de comunicaciones, la que ha permitido una realocación geográfica de los centros de producción y vivienda.

El efecto de estos cambios en las estructuras económicas, nuevos estilos de vida, escolaridad certificada como condición para la entrada en el trabajo y la creación de

grandes centros urbanos sobre la familia ha sido la ruptura de los vínculos intergeneracionales tradicionales entre sus miembros (págs. 7 y ss.)

A su vez, esta ruptura de los vínculos familiares intergeneracionales "ha tenido profundas influencias sobre la fertilidad, la formación de la familia y el ciclo vital de aprendizaje, trabajo y retiro" (pág. 10). Especialmente los elevados costos de educación de los hijos han influenciado negativamente la fertilidad.

Kuznetz concluye así su descripción del proceso narrado: "Es difícil imaginarse el crecimiento económico moderno sin tasas reducidas de natalidad, mayor inversión en capital humano causada por la educación y entrenamiento, y la concentración de la fuerza laboral en límites de edad definidos por una tardía entrada y un temprano retiro del trabajo" (págs. 10 y ss.).

Kuznetz recalca realísticamente las diferencias internacionales de este proceso. El tiempo de reajuste es distinto en diversas naciones, porque la adaptación de las instituciones legales, políticas y religiosas a la nueva situación económica no es fácil, porque existen diferenciales socio-culturales y porque el efecto de demostración de los países líderes acelera las presiones sobre la fábrica social (págs. 11 y ss.).

La gran ventaja de este tipo de investigación reside en la mayor comprensión de las tremendas fuerzas restrictivas del crecimiento de la población que conlleva el desarrollo económico moderno. El marco social donde las parejas toman sus decisiones sobre el número de hijos que quieren tener no es nada favorable a familias numerosas.

Kuznetz mismo renuncia explícitamente a postular validez para este análisis en el caso de los países subdesarrollados, que él no ha estudiado tan concienzudamente. ¿Es posible y aconsejable tratar de extenderlo también a los países subdesarrollados?

En mi opinión hay que distinguir dos sectores en estos países: el "moderno", donde me parece intuir el mismo proceso descrito por Kuznetz y del cual dimanarían fuertes influjos sobre toda nuestra sociedad, y el "tradicional", donde existen fuertes discrepancias con el modelo kuznetziano.

Me parece que la fuente última de esa discrepancia es la disminución de la tasa de mortalidad aun en el sector tradicional y la incapacidad del sector moderno por absorber el aumento de mano de obra ahora presente en aquél. Mientras que en los países ya desarrollados la caída de la tasa de mortalidad fue más bien lenta y originada por la gradual elevación del nivel de vida, en los países subdesarrollados el proceso ha sido muy rápido por la importación de técnicas sanitarias que no corrían proporcionalmente al desarrollo económico. Este ritmo diferente de descenso de la mortalidad ha causado muy disímiles resultados: en Europa fue posible ajustar gradualmente la estructura familiar a las exigencias del proceso económico sin romper lo que pudiéramos llamar "coherencia cultural mínima": seguridad de ingreso y empleo para los hijos, estabilidad familiar (54:19); en los países subdesarrollados "al crecer rápidamente el número de miembros de la familia —sea cual sea su designación cultural— la caída de la mortalidad sirve para agravar tanto la inseguridad del ingreso como la estabilidad de una familia no preparada para la sobrevivencia de todos sus hijos" (Ibid.). El desempleo y la inestabilidad familiar son así realidades propias de los países subdesarrollados.

Por eso, la pregunta sobre qué política de población y de desarrollo puede superar esa situación, es ineludible para toda sociedad "subdesarrollada". Veremos, en una segunda parte, las respuestas dadas a este problema.

II. LOS PRINCIPALES TIPOS DE POLITICAS DE POBLACION Y DESARROLLO ECONOMICO

Usando una metodología maxweberiana nos limitaremos al análisis de tres "tipos ideales": de semejantes políticas. En su estudio trataremos de formular su "modus operandi" y juzgar, de acuerdo a los resultados logrados en la primera parte, sus probabilidades de éxito y sus limitaciones.

Los tres "tipos ideales" elegidos son:

1. Política orientada al crecimiento del sector "moderno" de la economía.
2. Política orientada al control de la población.
3. Política orientada a la redistribución del ingreso y de la educación.

Ninguno de los tres tipos se da en su pureza en sociedad alguna. En la vida real encontraremos, más bien, combinaciones de ellos impuestas por grupos de intereses no homogéneos que tienen que hacerse mutuas concesiones. Con todo, creo que sí es posible, aun en el análisis concreto de sociedades reales, descubrir tendencias dominantes, énfasis en los diversos pesos atribuidos a ellas, que permiten alinear una política concreta en una de las tres categorías "ideales" elegidas.

1. POLITICA ORIENTADA AL CRECIMIENTO DEL SECTOR MODERNO DE LA ECONOMIA

a) Supuestos. Este tipo de política parte de dos supuestos. Primero: el subdesarrollo consiste básicamente en una economía dual, donde el sector "tradicional" no ha podido ser absorbido por el "moderno". Segundo: el desarrollo se alcanza por una intensificación de inversiones que incorporen tecnologías superiores a las del sector "tradicional".

b) Desarrollo-población. Esta política actúa directamente sobre las inversiones de capital con alta tecnología creando incentivos y buscando financiamiento externo e interno para ellos. La población se considera como variable endógena que responde elásticamente a variaciones del crecimiento del producto per cápita originadas por las inversiones.

c) Posibilidades de reducción de la población. Esta política parece ser realista en suponer que un aumento del sector "moderno" desata tendencias en los consumidores del sector —y por el efecto de demostración también en los del sector tradicional que tienden a bajar la demanda de hijos.

Contra algunas críticas demasiado superficiales de los "estructuralistas" hay que reconocer, también, que aun un proceso "desarrollista" exitoso implica una notable serie de cambios estructurales: fortalecimiento y nacimiento de instituciones socio-económico-políticas nacionales (25), paso del poder económico y político del sector latifundista al industrial (59: c. 3) e incluso, a la larga, redistribución del ingreso (29: c. 4).

d) Limitaciones. La cruz de este tipo de política tiene dos brazos: la dificultad social de mantener por un tiempo apreciable a la mayor parte de la población fuera de la economía de consumo de que dispone una minoría social y la lentitud extrema del proceso de modernización.

Marsden (35) ha elaborado un modelo con tres parámetros (razones capital/producto, inversión/ingreso, capital/mano de obra) y la postulación de un crecimiento anual del PIB del 6 por ciento, para calcular el período de absorción de la población que ahora está en el sector "tradicional" o desempleada por el sector "moderno". Si se lograra que todas las inversiones tuviesen lugar en el sector "moderno" y usasen la tecnología promedio de los Estados Unidos en 1966 (medida por la relación capital reproducible/mano de obra, 25,860.00 USA\$/persona empleada), al cabo de una década la proporción de la población

empleada en el sector "moderno" se elevaría en sólo un 4.4 por ciento mientras que la productividad media del sector "tradicional" bajaría, por falta de reinversiones en él, en un 23 por ciento. A ese ritmo "se necesitarían ciento setenta y cinco años para que toda la fuerza de trabajo de los países en desarrollo fuese absorbida por el sector moderno" (35: 440).

Marsden mismo analiza otro modelo más realista en que la relación capital reproducible/mano de obra baja a 15,000 USA/persona empleada y donde se permiten suficientes reinversiones en el sector "tradicional" como para que su productividad media sea constante. En este caso la proporción de la población económicamente activa empleada en el sector "moderno" subiría en sólo un 2.6 por ciento, pero, por lo menos, no bajaría el ingreso per cápita del sector "tradicional" (35: 443-49).

Conclusión. La dinámica misma del modelo de política aquí analizada nos muestra, por lo tanto, que las esperanzas de bajar sensiblemente y a mediano plazo, vía desarrollo del sector económico "moderno", la tasa de crecimiento de la población son "más bien bajas". Para ese fin habría que añadirle al modelo una política adicional orientada al control directo de la población. Por supuesto esta alternativa se da con frecuencia en la práctica. Con esto pasamos a la temática del segundo tipo de política.

2. POLITICA ORIENTADA AL CONTROL DE LA POBLACION.

a) Definición. En su forma ideal la población es considerada como variable exógena sobre la que debe actuar la política, mientras que el desarrollo económico es tratado como variable endógena, función de las variaciones de la tasa de natalidad. No es necesario suponer que la única política existente es una orientada al control natal —presupuesto absurdo aun en un modelo ideal. Basta imaginar que esta política poblacional es añadida al paquete de instrumentos de política económica previamente existentes; eso sí, sin modificarlo.

Los elementos concretos integrantes de los programas de reducción de la fecundidad incluyen generalmente: servicios de información al público (sobre todo a las clases económicamente pobres), inclusión de asesoría y suministro gratuito de medios anticonceptivos y abortivos en los programas del sistema de salud pública, incentivos monetarios al personal empleado (en India, Egipto, Corea del Sur y Taiwan recibe honorarios extras por cada caso tratado. Ver: 42: 20) y a los "usuarios", etc. (42: 19 y ss.; 50: 10 y ss.)

b) Posibilidades respecto al control de la población. Un viejo adagio latino reza: "contra facta non valent argumenta" —contra los hechos no valen los argumentos. Numerosos estudios realizados en diversos países han mostrado una demanda apreciable de los servicios del control de fecundidad, que, al menos en parte, no están directamente relacionados con la situación socio-económica de los "usuarios" (57: 37-48, 68). En un informe general sobre los hallazgos de la investigación mundial KAP redactado por Ross, Germain, Forrest y Ginneken leemos que "los efectos del programa (de reducción de la fecundidad) parecen ser iguales e inclusive superiores a los del cambio socio-económico, inclusive en Taiwan, donde el proceso de modernización es rápido" (58: 5)

c) Limitaciones respecto al control de la población. Una buena parte de las limitaciones del control de la población en este tipo de política se deriva aparentemente de su escaso grado de desarrollo económico. Donde los programas de planificación sí han tenido éxito apreciable (Taiwan, Puerto Rico, donde en 1965 el 32 por ciento de las mujeres en edad de 20 a 49 años se había esterilizado. 52: 20), el desarrollo económico es ya apreciable. En otros países pobres como la India,

donde el gobierno invierte sumas considerables para controlar su población (el plan quinquenal 1969-1974 asigna nada menos que 440 millones de dólares a estos programas. Ver: 42: 153), los resultados han sido menores (26; 127). Estas limitaciones han llevado a la India a otorgar fuertes incentivos económicos (101 rupias o más de 7 veces el sustento estimado de una familia durante una semana. Ver: 28:7) a las personas que acceden a su esterilización.

Conclusión. Vista desde un punto de vista de "eficiencia", esta política no resulta, en ausencia de un cierto grado de desarrollo, ni tan barata ni tan rápida como a veces se sugiere. Pradervand (53: 141) calcula en un mínimo de 15 años el plazo necesario para que la adopción de este tipo de política logre hacer comenzar a disminuir la tasa de crecimiento de la población. ¿Qué hacer mientras tanto con la población marginada? Ya vimos anteriormente (Cf. Supra, págs. 20-29) las serias objeciones presentadas a teorías simplistas que creen que basta bajar la tasa de natalidad para que aumente la del ahorro y las inversiones per cápita sean mayores. Aun si se lograsen estos efectos, sabemos la extrema lentitud de un proceso de modernización económica. Veremos cómo el tercer tipo ideal de política trata de atacar simultáneamente el problema del crecimiento demográfico y el del desarrollo.

Pero antes de pasar a exponerla, es tentador hacer una incursión en la fundamentación económica de una variación aún no generalmente defendida, de la política orientada al control de la población: el uso de medidas "coercitivas", al menos, francamente "penales", para las familias que deciden tener más de cierto número de hijos. No se trata de una simple posibilidad abstracta. Keeny (26; 127) termina su estudio de la planificación familiar en la India, país que ciertamente no se ha caracterizado por una gran timidez en su esfuerzo por limitar la población, con la siguiente observación: "Pero aún no es seguro que los métodos puramente voluntarios tendrán éxito y el gobierno tendrá probablemente que usar coacción para reducir la natalidad" (pág. 127). ¿Se puede fundamentar económicamente semejante política?

La "economía del bienestar" —término usado para designar el esfuerzo de elaborar normas directivas para la política económica— ha padecido siempre de dos males: la desigual distribución del ingreso y del capital entre los miembros de una sociedad y la presencia de economías y deseconomías externas originadas en un sector de la economía y cargadas a otro (5: c. 16). El primero de estos males tiende un marco de duda desde el principio sobre la legitimidad de los cálculos de beneficios y utilidades de las unidades económicas. El segundo hace posible que cuando una unidad económica calcula los efectos posibles de sus decisiones, (análisis individual costos-beneficios) pueda llegar fácilmente a decisiones favorables para ella pero desventajosas para la "sociedad" (análisis social costos-beneficios). Por ejemplo, si una familia decide tener más hijos porque el sistema de organización de la Sociedad asume gran parte de los gastos de su crianza y educación, y si muchas familias hacen lo mismo, el Estado puede juzgar que esas decisiones individuales perjudican a la sociedad limitándole recursos necesarios para otros fines o poniendo en peligro la calidad de la vida misma de sus miembros. Hay aquí un choque entre el cálculo de utilidad individual y el social basado en economías y deseconomías externas.

Si el perjuicio que de este tipo de decisiones se sigue para la Sociedad es notable (escasez de recursos, desempleo creciente, por ejemplo) el Estado puede sentirse obligado a hacer recaer sobre las unidades individuales (las familias) los costos escalonados por su demanda de hijos imponiéndoles impuestos progresivos, tarifas escalonadas por el uso de sus servicios a medida que tengan más hijos, en caso extremo la esterilización obligatoria.

Este procedimiento de internalización de deseconomías que antiguamente eran

economías externas puede chocar, sin embargo, con un postulado tradicional de la "economía del bienestar": la disminución de las desigualdades iniciales de ingreso (9: 408). Esta estabilidad es especialmente cogente, si la demanda de hijos presenta diferenciales socioeconómicos.

Prescindiendo, por metodología, de consideraciones morales, el método anteriormente descrito de internalización de deseconomías externas ofrece, hoy por hoy, insuperables dificultades técnicas: carácter difusivo de este tipo de economías y deseconomías, problemática atribución a padres e hijos, de ellas, reducción al caso de la población y no a otras zonas aún más peligrosas para el bienestar de la nación (contaminación ambiental, agotamiento de recursos por creciente industrialización...), etc. (14: 214 y ss.). Parece así que, por ahora, no quede más solución para este tipo de conflictos que la pragmática de "negociación de intereses" vía elecciones abogada por Arrow (2), que es lo mismo que confesar que no tenemos criterios de bienestar económico para resolver éste ni, en el fondo, ningún tipo de problemas que envuelva varias opciones sociales. Lo cual es verdad.

3. Política orientada a la redistribución del ingreso y de la educación.

a) Justificación. El primer tipo de política — desarrollo del sector "moderno" — resulta altamente insatisfactorio por la lentitud con que opera tanto sobre el bienestar de la mayor parte de la población como por su efecto sobre la tasa de natalidad. El segundo tipo de política — control directo de la población — deja sin respuesta satisfactoria el problema del desarrollo económico, sin el cual su éxito en el campo mismo de la población padece de serias limitaciones. En la práctica sucede frecuentemente que ambas políticas coexisten. Pero no conviene llamarse a engaño: si la tasa de natalidad de una población tiene una dependencia significativa, aunque sea parcial, del ingreso per capita del país y, sobre todo, del ingreso per capita de los diferentes grupos sociales, sea directamente o sea por medio de algunas variables correlacionadas positivamente con él, toda combinación de ambas políticas que no logre aumentar el ingreso per capita de los individuos pertenecientes a los estratos inferiores no parece satisfactoria a mediano plazo. La tercera clase de política económico-poblacional trata de corregir esas limitaciones.

b) Definición. Como lo indica su nombre este tipo de política trata de influir directamente sobre el nivel de vida de los sectores "tradicionales" y marginados, y no — fundamentalmente — a través del desarrollo del sector "moderno". La población y el mismo desarrollo económico — medible en índices sencillos como el ingreso per capita — son en esta política, variables endógenas de la redistribución de ingresos, o quizás más exactamente, de la elevación del nivel de vida y de seguridad de los sectores pobres.

Tres me parece ser los elementos esenciales de este tipo de política: 1) la reorientación y concentración de recursos masivos de servicios públicos, sobre todo de educación (escolar y de adultos, incluida la política); 2) la redistribución de la propiedad del factor de producción tierra, del cual vive una parte sustancial de la población de países subdesarrollados; y 3) la orientación de las inversiones planificadas y/o favorecidas de acuerdo al criterio "empleo" y no necesariamente al de "productividad tecnológica" (57: 42 y ss. 39: 67 y ss.).

El *modus operandi* de este tipo ideal de política sobre el control de la población descansa, entonces, sobre el supuesto de que sólo una persona acostumbrada a tener cierta seguridad y perspectiva económica en la vida, puede pensar en planificar su familia (53: 134).

c) Posibilidades. Si recordamos el impacto que cambios en el ingreso y en el nivel de educación ejercen sobre la demanda de hijos (Cf: Supra, Parte I, núm. 3,

págs. 94-99, y núm. 4, págs. 99-103) tendremos que conceder a esta estrategia una buena probabilidad de éxito para obtener una baja sensible de la tasa de natalidad a mediano plazo.

d) Dificultades. Teóricamente no parece imposible, ni siquiera improbable, que una política de desarrollo económico como la expuesta logre aumentar el nivel de vida de una parte importante de la población en relativamente corto plazo. Marsden ha analizado las ventajas comparativas del tipo de política de desarrollo del sector "moderno" con las de otra, donde la totalidad de las inversiones tienen lugar en el sector atrasado usando tecnología modesta y ha llegado a la conclusión de que la productividad promedio del sector atrasado podría aumentar en un 93 por ciento en una década (35: 450). Este bien conocido experto de la Organización Internacional del Trabajo ve en este tipo de política económica la única forma de lograr "una síntesis del crecimiento económico con la justicia social". (35. Este es el título de su artículo).

Las dificultades prácticas sí son apreciables. El primer tipo de ellas viene dado por el incremento porcentual masivo de servicios públicos que es necesario para lograr efectos también masivos. Recursos financieros, físicos y humanos tienen que ser sustraídos a otros sectores antes más favorecidos. Argelia, por ejemplo, país donde la dirección de planificación ha adoptado una política en esta línea, con plena conciencia de su posible impacto en la tasa de natalidad, dedica ahora el 11 por ciento de su producto bruto interno (no de su presupuesto) al sector "educación", lo que debe constituir un record mundial (57: 43). Una buena parte de esos recursos ha tenido que ser destinada, por supuesto, a la formación de maestros. Otro país que hace un esfuerzo considerable por limitar su población, China, insiste en incrementar servicios de salud, educación y seguridad social a sectores populares (17).

Pero la gran dificultad real viene dada por la situación misma de sociedades muy influenciadas por grupos de interés con aspiraciones radicalmente opuestas a las aquí descritas. ¿Hasta qué punto es posible, por ejemplo, orientar las inversiones hacia la producción de bienes y servicios no especialmente demandados por los sectores más ricos de una nación? ¿Hasta qué abismo no bajará en ese proceso la tasa de ahorro y las inversiones del sector privado? ¿Es posible esta política sin un sistema de planificación económica con fuertes poderes coercitivos?

Conclusión. Parece, pues, altamente probable que, fuera de un "cambio de sistema", la máxima aspiración posible es un incremento relativo de la cuota de inversiones sociales y de fondos de organismos de promoción (bancos agrícolas, organismos de fomento) dedicados al beneficio directo de los sectores marginados y "tradicionales". El efecto masivo se diluiría así en buena parte. Se pudiera pensar, entonces, en coordinar esta política de redistribución de ingresos con elementos del segundo tipo de política: control directo de la población. Quizas se perderían así menos recursos que en el uso exclusivo de este segundo tipo de política.

PRETENSION FINAL

Aunque los avances realizados en la investigación de la relación población-desarrollo económico son apreciables, todavía —y más que en otros campos— ignoramos más de lo que sabemos. Pero la ignorancia tiene sus pretensiones. Lo más importante de mis pretensiones es la de dudar vehementemente de la fórmula mágica que con insistencia nos quieren vender agencias internacionales —a quienes personalmente juzgo animadas de una fuerte dosis de buenas intenciones—: "el desarrollo económico depende de la disminución de la tasa de crecimiento de la población". Mi impresión —¿pretensión? es la contraria: "la disminución de la tasa de crecimiento de la población depende del

APENDICE

EL PROBLEMA PLANTEADO A LA POLÍTICA ECONOMICO-POBLACIONAL POR LA POSICION DE LA IGLESIA CATOLICA.

El problema que voy a abordar en este apéndice no es el de la sobradamente conocida enseñanza de Pablo VI sobre la moralidad de los actos destinados a la concepción y conservación de la vida (exclusión del aborto directamente querido y procurado, de la esterilización directa, de toda acción que en relación con el acto conyugal se proponga como fin o como medio hacer imposible la procreación. Ver: 46:, n. 14). Desde el punto de vista de las Ciencias Sociales tendríamos que hacer referencia a esta doctrina si tuviese efectos *significativos* sobre el comportamiento humano. Ahora bien, estudios realizados en varios países: Estados Unidos, Puerto Rico (52: 42 y ss.) y República Dominicana (70: 79-81, 137), entre otros, muestran que esa enseñanza –pese ella poco o mucho en el proceso de tomar decisiones– no altera significativamente el ‘comportamiento’ de los católicos (practicantes o no) comparativamente a los no católicos.

En lo tocante a ‘políticas’ económicas encaminadas a resolver el problema de la población, en cambio, la Iglesia Católica ha tomado una posición interesante que es menos conocida. El Concilio Vaticano II al tratar el problema demográfico (12: n. 87) examina los deberes de las naciones más ricas, de los países pobres y, en general, de los Estados:

a) PAISES DESARROLLADOS. Los Estados más ricos deben cooperar con los más pobres para que éstos tengan “aquellos medios que son necesarios para el sustento y para la conveniente educación del hombre”. El énfasis de la colaboración internacional es puesto, pues, directamente en el campo económico.

b) PAISES SUBDESARROLLADOS. Enfrentados al problema de una población creciente deben estos Estados implantar una política agraria con base en una mejor educación que permita aumentar la producción agrícola por el uso de nuevas técnicas. Pero esta política debe hacerse “una vez que se haya establecido un mejor orden social y se haya distribuido más equitativamente la propiedad de la tierra”. Esta orientación es mucho más acorde con el tercer tipo de política anteriormente tratada que con las otras dos

c) EL ESTADO. La Iglesia Católica reconoce al Estado una “competencia específica en lo que toca a los problemas de su propia población” (12: n. 87). Esta competencia, que se extiende a la “legislación social y familiar, la emigración del campo a la ciudad y la información sobre la situación y necesidades del país”. (Ibid.), encuentra un límite preciso en el respeto a la libertad de los matrimonios para decidir sobre el número de hijos: “la decisión sobre el número de hijos depende del recto juicio de los padres y ‘de ningún modo puede someterse al criterio de la autoridad pública’” (Ibid.).

Es evidente que esta posición de la Iglesia Católica tiene que llevarla a conflictos con Estados que cifran sus esperanzas de controlar el tamaño de su población en una política del “segundo tipo”, que promueve el uso de los medios eficaces para impedir el aumento de la población. Pablo VI (46: n. 23) arremete contra ese tipo de política con las siguientes palabras: “Es otro el camino por el cual los poderes públicos pueden y deben contribuir a la solución del problema demográfico: el de una cuidadosa política familiar y de una sabia educación de los pueblos... La verdadera solución solamente se halla en el desarrollo económico y en el progreso social, que respeten y promuevan los verdaderos valores humanos,

individuales y sociales". Los problemas población-desarrollo dependen "de una menor sagacidad de gobierno, de un escaso sentido de la justicia social, de un monopolio egoísta (de bienes para el servicio de los que acaparan las riquezas) o también de la indolencia reprobable en afrontar los esfuerzos y sacrificios necesarios para asegurar la elevación del nivel de vida de un pueblo y de todos sus hijos."

Me parece, pues, si interpreto correctamente la enseñanza moral de la Iglesia Católica, que sí existe un conflicto inevitable entre ella y gobiernos que intentan controlar la población sin acometer la espinosa y políticamente peligrosa tarea de redistribuir ingresos y capitales. Personalmente tengo la impresión que esta área fundamental de conflictos entre Iglesia y Estado no ha recibido la atención que merece.

Hay otra zona, sin embargo, de conflictos entre Iglesia y Estado mucho más visible, donde uno puede preguntarse si la posición práctica de la Iglesia Católica es tan coherente con su forma de pensar. Reducido a su más simple expresión, este conflicto se da cuando un Estado seriamente empeñado en una política de desarrollo económico, con ethos y contenido de justicia social en favor de las masas pobres y respetuoso de la libertad de decisión de los padres, cree imprescindible montar una serie de servicios públicos encaminados a evitar la concepción o a interrumpirla, 'si' los habitantes del país los demandan.

En estos casos, no tan hipotéticos, las autoridades eclesiásticas suelen ejercer presión sobre los poderes públicos para que estos suspendan esos servicios. El problema no se puede plantear solamente bajo el aspecto de la moralidad objetiva de esos medios de control natal. La Iglesia Católica tiene su doctrina moral, está calificada para ese fin y la ha formulado oficialmente. Nada más lógico, por lo tanto, que oriente su acción pastoral a su enseñanza. A quien no le satisfaga esa enseñanza moral, católica o no, la misma moral de la Iglesia Católica, aun creyéndolo equivocado objetivamente, tiene que reconocerle su derecho a disentir y a actuar en forma contraria a la enseñanza de la Iglesia.

Bajo los supuestos expresados - orientación social verdadera de la política económica, respeto real a la libertad de decisión de los padres, libertad de la Iglesia para enseñar su doctrina moral— puede uno dudar si la Iglesia está obligada, de acuerdo a su propia doctrina, a condenar a Estados que favorecen servicios de control natal objetivamente opuestos a la enseñanza moral de la Iglesia. Hacerlo podría fácilmente significar intentar forzar por medios políticos coercitivos comportamientos no aceptados por la conciencia, en opinión de Vallier, la gran debilidad de la Iglesia Católica en América Latina (71: c. 2).

Esta actitud debe, evidentemente, ser recíproca por parte del Estado y otras organizaciones: si la Iglesia no objeta servicios públicos, contrarios a su moral, por respeto a la libertad de los que juzgan buenos, ni el Estado ni otros grupos sociales pueden objetar a que la Iglesia predique su doctrina a quienes quieran oírlo.

Me parece, pues, que este tipo de conflictos no es ineludible. Más importante, en mi opinión, y mucho más decisiva me parece la problemática planteada por la Iglesia a políticas económico-poblacionales en aquella condición general: política de desarrollo económico, "una vez que se haya establecido un mejor orden social y se haya distribuido más equitativamente la propiedad de la tierra". De hecho, por supuesto, no de palabras.